

Imágenes de España e Hispanoamérica en el pensamiento de Mariano Picón Salas

PATRICIA ESCANDÓN¹
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO. CIALC
CIUDAD DE MÉXICO-MÉXICO
escandon@unam.mx



RESUMEN

A través de una selección de pasajes de algunas de las obras más importantes del intelectual venezolano se recupera y analiza su visión de España y lo español. En su concepto, el legado ibérico es sello y destino en América Latina y ha determinado muchos de sus rasgos; aun en tiempos modernos, ha marcado en cierto modo su renuencia a abrazar el progreso material y tecnológico, pero también le ha conferido el espíritu y la fuerza moral necesarios para emprender la renovación de sus tradiciones y encarar su futuro que, deseablemente, es el del entendimiento y la colaboración con la porción continental que no comparte ni su lengua ni su cultura.

PALABRAS CLAVE: Mariano Picón Salas, España, herencia cultural, Hispanoamérica

Spain and Spanish America in Mariano Picón Salas' thought

ABSTRACT

Through some passages of Picón Salas' best works, this paper examines his vision of Spain and Spanish cultural traits, as a heritage for Latin America. According to him, this legacy has been its identity sign and destiny, and even nowadays it determines its reluctance to fully embrace material progress and technology. However, this is also at the core of its energy and moral strength to undertake the renewal of its traditions and to face the future. Hopefully, it lies in understanding and cooperation with the continental part that does not share its language or culture.

KEYWORDS: Mariano Picón Salas, Spain, Cultural heritage, Spanish America

Este artículo fue terminado en mayo de 2020, entregado para su evaluación en junio de 2020 y aprobado para su publicación en julio del mismo año.

N° 50

●
REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

I. INTRODUCCIÓN

De la ingente cantidad de estudios que, en casi todas las vertientes temáticas, se le han dedicado a la no menos voluminosa obra de Mariano Picón Salas, llama la atención la ausencia de uno que examine individualmente a la matriz más conspicua—ya que no la única—de la cultura hispanoamericana: España. Si en el concepto de Picón Salas la tradición cultural es definitoria, no es posible pasar por alto dicho elemento en el análisis de la realidad histórica y actual del subcontinente; tanto más en nuestros días, tan decantados intelectualmente hacia la subjetividad y las representaciones. En el plano metodológico, el presente estudio espiga de entre las páginas escritas por el intelectual sus principales referencias al país ibérico y al componente cultural hispánico, para integrar, en un ejercicio demostrativo, un panorama de su “imaginario” que luego se somete a examen. Y en lo que toca a la vida misma del maestro venezolano, importante ha sido detectar (y ponderar) su relación emotiva con España y con un acotado núcleo de pensadores y académicos españoles que, indudablemente, influyeron en algunas de sus consideraciones y trascendieron a su obra.

2. EN EL PRINCIPIO ERA ESPAÑA

En 1931, un muy joven Mariano Picón Salas alentaba deseos de ir a la península ibérica, como se lo confió epistolarmente a su amigo y “maestro” Alfonso Reyes. En su proyecto muy probablemente se conjuntaban intereses intelectuales y laborales, pero acaso pesaban un poco más estos últimos, puesto que, afirmaba, ya no tenía como ganarse la vida en Chile,² país donde había cursado estudios superiores de historia y filosofía en la Facultad de Filosofía y Educación y desempeñado algunos trabajos ligados a la docencia. En sus líneas, formulaba igualmente la posibilidad de ocuparse o encontrar cabida en las “empresas editoriales americanistas” de Pedro Sáinz Rodríguez, a quien se refería como “nuestro amigo.” Indiscutiblemente, en cuanto a lo primero, aludía a la Compañía Iberoamericana de Publicaciones (CIAP), fundada en 1927 en Madrid y a la que puede considerarse la precursora de los grandes consorcios editoriales en lengua española, pues su visión de negocios no se limitaba al mercado doméstico, sino que asignaba también un importante lugar al de Latinoamérica; de ahí que, en sus catálogos, la CIAP tuviera amplias colecciones de literatura e historia de América. Y en el año 31 el director literario—y uno de los consejeros editoriales—era precisamente Sáinz Rodríguez.³



N° 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

No extraña, pues, que Picón Salas aspirara a conseguir empleo en dicha compañía y concretamente en la línea de la literatura o la historia americanista, pero sí, en cambio, llama la atención lo segundo: que lo uniera algún vínculo de amistad con el director literario de la CIAP, un campanudo catedrático de literatura de la Universidad Central de Madrid y ferviente admirador de Menéndez y Pelayo; es decir, un tradicionalista, un monárquico, un católico a ultranza.⁴ ¿Qué podía tener en común con la vertiente política de este caballero un muchacho venezolano que en su tierra participó en las luchas estudiantiles contra Juan Vicente Gómez, que luego se entusiasmó con la APRA de Haya de la Torre, que se había relacionado con los anarquistas chilenos y que era un liberal, un resuelto detractor de las oligarquías “feudales,” ancladas en su pasado? La única respuesta que se me ocurre es que ese sentimiento de amistad bien pudo tener origen en una línea totalmente distinta: la de la filosofía de la historia y de la cultura.

Para dar antecedentes a este respecto: unos cuantos años atrás, en la inauguración de los cursos de 1924-25 en la Universidad Central madrileña, el Dr. Sáinz Rodríguez pronunció un discurso titulado “Evolución de las ideas sobre la decadencia española,” que al parecer fue objeto de clamorosas discusiones y polémicas en los circuitos intelectuales, esto en el ambiente de “estado de guerra” y suspensión de garantías de la dictadura de Primo de Rivera. Publicado como libro en 1925,⁵ y con tardíos aires regeneracionistas, en su escrito Sáinz emprende la defensa de la cultura y la historia españolas. Algo que para él no era nuevo, porque ya seis años antes había editado otro texto: *Las polémicas sobre la cultura española*,⁶ en el que ubicaba cuatro grandes momentos históricos del pensamiento y la creación literaria peninsulares que, aunque databan de siglos pretéritos, él denomina “nacionales.” Su intento era apuntalar la vieja cruzada de Menéndez Pelayo por la revaloración de la “ciencia” local y la conciencia de la nación. Como sea, todo esto se inscribía en la pertinaz disputa que desde el último tercio del XIX venía desarrollándose entre los liberales que apoyaban la modernización y los refractarios que querían aferrarse a sus valores añejos, tradicionales. Lo que Sáinz Rodríguez diagnosticaba como un mal en la “Evolución de las ideas sobre la decadencia española” era el extravío de un “ideal colectivo,” sin que hasta el momento se le hubiera reemplazado por otro ajustado al “espíritu de los tiempos.” La solución a esto y a la decadencia concomitante estribaba en fraguar una conciencia moral, en crear ideales nuevos que agruparan a todos los españoles para emprender, juntos, cosas novedosas que regeneraran a la patria.⁷ La postración o la decadencia consistía, según sus palabras, en “nuestra inferioridad actual con respecto a otros períodos



Nº 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

de nuestra historia, sin por eso creer en el agotamiento de nuestra raza, y en que hayamos concluido definitivamente nuestro papel en la civilización del mundo.”⁸

Hasta aquí Sáinz Rodríguez y de vuelta a Picón Salas. No es por ahora documentable, pero tampoco descartable, que el joven conociera estas obras o cuando menos estas ideas de su amigo, el profesor español. Y si esto fue así, hay que preguntarse en qué medida pudieron haber influido en él tales consideraciones –no la del esplendor pretérito y el abatimiento presente de una nación y una cultura que todavía aspira a levantarse para reocupar su lugar protagónico en el mundo–, sino de elementos como la conciencia y los valores colectivos de los pueblos; el proceso histórico en el que estos se moldean y singularizan como una tradición y una moral que deben revitalizarse y, finalmente, el peso que en la comprensión de todo ello tiene la historia de las ideas.

Desde luego, muy lejos estoy de pretender adjudicar al monárquico Sáinz Rodríguez –que, además, fue ministro de Franco– un ascendiente definitivo en la mente de Picón Salas a este particular; sabemos que mucho más gravitaron en él los idearios de Pedro Henríquez Ureña o del mismo Alfonso Reyes. Pero sí apunto a la posibilidad de que alguno o algunos rasgos del pensamiento de aquel maestro y escritor español hubiera podido interesar vivamente a Mariano, o por lo menos suscitarle cuestionamientos y reflexiones en sus primeros años de actividad profesional.

3. ESPAÑA DESDE LEJOS

La sublevación contra la República española que en julio de 1936 encabezaron los generales Francisco Franco, en Canarias, y Emilio Mola, en Melilla, sería el detonante de la guerra civil, que hundió a la península en un desastroso torbellino bélico durante casi tres años. Coyunturalmente, en los días posteriores a la asonada se malograron, cancelaron o suspendieron muchas cosas, y entre ellas una, ciertamente muy menor en términos de prioridades existenciales humanas, pero sí importante desde el punto de vista de la historia de las ideas y la filosofía cultural hispanoamericanas, aunque hubiera afectado exclusivamente a un individuo: hablo de la proyectada visita de Mariano Picón Salas a España en ese mismo verano; un plan postergado que, irónicamente, aún habría de aguardar otras dos décadas.

De cualquier manera, en agosto del año antes citado, quien ya era el flamante encargado de negocios de la embajada de Venezuela en la



Nº 50

República de Checoslovaquia salió de su patria rumbo a Europa. Teniendo por base a Praga, y durante el otoño del 36 y la primavera del 37, emprendió recorridos por otros cuatro países: Austria, Alemania, Italia, Francia. A España hubo de conformarse con pensarla y verla “desde lejos,” según apuntó en el título de un ensayo incluido en el volumen de sus reflexiones europeas que publicó recién reintegrado al continente americano.⁹

En realidad, son dos ensayos los que dedica a ese país (el segundo y más extenso, denominado “Eternos símbolos de España”), en los que vuelca lo que siente y cree de aquella tierra y su gente, a partir sin duda de lo que ha leído y aprendido por sí, pero también de lo que le han contado. En esa primera “España” en lontananza delinea los rasgos esenciales que él percibe en el carácter español, y el primordial de ellos es la conducta: la manera de actuar, de comportarse. Aunque no necesaria ni explícitamente lo excluye, el vocablo no alude por cierto a las meras pautas de urbanidad, no; el “conducirse” –según Picón Salas, verbo cargado “de la esencia de España”– se relaciona con la dignidad, con la conciencia clara y orgullosa de lo que se es, un valor que lo equipara a cualquier otro ser humano, puesto que la “profesión de hombre” es la primera entre las españolas. De ahí que el obrero o la trabajadora manual peninsulares sean dignos y no traten de parecer ni hacerse pasar por burgueses, puesto que cada hombre tiene su lugar, sin que ninguno desmerezca, porque los ojos de la divinidad no han aprendido a hacer distingos. Tal es, decía el autor, la “clave ética de la personalidad española.”¹⁰

Páginas más adelante, volverá a hablar del concepto de dignidad, pero ahora en la España del Siglo de Oro, entendido en aquel entonces como la trascendencia del nombre y el linaje. “Dignidad” se refería propiamente a la que se traía en la sangre, por la alta cuna, pero también a la que, en forma más o menos hechiza, podía adquirirse aprendiendo latines en las facultades de teología, combatiendo por el rey en Europa o aherrojando al repartimiento la mano de obra de indígenas americanos. La “Dignidad,” así con mayúsculas, era atribuible a aristócratas, prelados y catedráticos e, igualmente, al indiano forrado de metales preciosos que, con servicios pecuniarios, inclinaba a su favor la balanza de la magnificencia regia.¹¹

Curiosamente –y aunque luego tratará sobre El Quijote–, Picón Salas no dedica ni una línea a la dignidad y altivez de otro grupo al que pertenecía el personaje de Cervantes: el de los hidalgos pobres que, raídos y hambrientos, faltos de justicia, enarbolaban los pendones agujereados de sus escudos de armas o su frondoso árbol genealógico que, en sus pretensiones, ascendía hasta los mismos godos. Era nobleza sí, aunque menor y



Nº 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

menesterosa, que podía codearse y ser vecina del común del pueblo, pero sin menoscabo alguno de sus blasones o de su sitio exclusivo en el imaginario social, toda vez que, a diferencia de la plebe, los “hijodalgos” no eran “pecheros” o contribuyentes.

Tampoco se refiere don Mariano en los pasajes dedicados al siglo XVII, a la vieja organización corporativa de la sociedad española: al ayuntamiento, al gremio o a la cofradía, que solían agrupar a villanos y menestrales, gente ordinaria que cifraba su honra en la pertenencia a un colectivo y, sobre todo, en ser “distinto” a los de la asociación de al lado. Fuera de su propio núcleo, nadie era ni pretendía ser igual a otro: se rivalizaba con los demás por los privilegios, o leyes privadas, con lo que los tribunales se inundaban de papeles que demandaban concesiones particulares para corporaciones específicas. De hecho, en tanto cristianos, efectivamente, todos los españoles, nobles o rústicos, se consideraban hechos del mismo barro y tenían por destino común la vida ultraterrena, a la vera de Dios; si bien, en el plano terrestre, cada uno pertenecía a un estrato y aquí no cabía confusión ni mezcolanza posible.

Es verdad, por otro lado, que este par de textos de Picón Salas sobre España no son estudios históricos, sino ensayos y, en mucho, lírica, así que no se le puede pedir a un autor que incluya en su escrito lo que cualquier lector eche de menos. Sin embargo, la consideración de dichos elementos de la realidad ancestral de la sociedad ibérica, que obviamente conocía, pudo aportarle otras pistas y bastante más material que explotar para apuntalar su frase: “Cada hombre en su sitio, y ninguno es humillante, porque todos los hombres son iguales ante Dios.”¹² Sobre todo, porque le hubiera brindado la oportunidad de extenderse en temas de los valores o ideales históricos y, en concreto, en uno que le era particularmente entrañable: la actualización o dinamización de las tradiciones.

Ésta es justamente una de las líneas que corren a lo largo de la segunda sección, la de los símbolos y los rituales hispánicos, que se adjetivan de “eternos.” A través del examen de El Quijote, Picón Salas repasa el cambio operado en el bagaje simbólico y axiológico de la sociedad y la cultura de la España del XVII. Indica él que se trata de una España intermedia que, estando en trance de dejar de ser algo, todavía no es otra cosa distinta (y nunca llegaría a serlo en verdad); una entidad en metamorfosis, viajando a horcajadas entre formas y modelos diferentes que la jalonan, porque cada vez se distancian más entre sí a causa de una fuerza centrífuga.

Hay una crisis o profundo proceso de transformación en la caballería medieval. “Ethos” que, por cierto, solo comparte un sector: el de



Nº 50

los caballeros, a los que Sebastián de Covarrubias definía en su *Tésoro de la Lengua Castellana* de 1611 no como jinetes ordinarios, sino como aquellos que han sido escogidos “para orden de la caballería,”¹³ esto es, un sector al que, por privilegio, se le reconoce cierta elevada condición o “calidad.”

Como el caballero no es gleba, lejos de solo intentar satisfacer sus instintos, vive para un ideal, para una aspiración genuinamente ética: el servicio y el desinterés, que, además, comportan rituales y símbolos.¹⁴ La entrega plena a Dios, el amor puro a su dama, la fidelidad a su rey, el anhelo imbatible de justicia, la disposición al combate, la salvaguarda de su honra y poner por todo ello en juego la vida, son las pautas que regulan la existencia del caballero. Es decir que la depositaba íntegramente en el ser, en un “ser moral.” Y sus armas, arreos y divisas, eran los signos, la expresión visible de sus valores y su compromiso... pero todo esto pertenecía a la Edad Media.

En el tránsito al siglo XVI y con mayor intensidad en el siglo XVII, la carga axiológica de la caballería se ha difuminado, ya ha perdido sus perfiles, como bien lo ilustra Picón Salas en las peripecias del enjuto personaje manchego de Cervantes. El mundo moderno que va infiltrándose e impregnando a España tiene otros códigos porque es el de la naciente burguesía, el del imperio del instinto de conservación y las actitudes recelosas y defensivas. Aquel que compendia la valía humana en los bienes materiales y las monedas y cuyos paladines son los condotieros y los piratas. Este universo se gestó en el norte de Europa, donde una burguesía “más profana y más diestra en la ciencia del trueque” está creando el capitalismo, para el que los españoles acarrearón “la plata y el oro de América.”¹⁵

Y el autor inquiera retóricamente por la posibilidad de que la “aparentemente sólida y altanera” España de Felipe II hubiera podido resistir, en “combate anacrónico,” a la naciente y pujante “Edad capitalista.” La respuesta era obvia y precisamente por esa incapacidad o renuencia, quedará vencida y vivirá un momento trágico de declive que frustrará los antiguos héroes, quienes devendrán pícaros.¹⁶

Pero en las aventuras del hidalgo manchego hay también un encuentro providencial: el de la España real, constituida por el pueblo llano y su hambre de justicia. Ese reconocimiento gesta otra teoría de conducta, más humana, que se aparta de los añejos y acartonados códigos de la caballería, pues el descubrimiento de una vida de “doble corriente de perfección e impureza, de instinto e intelecto,” debía convertirse en blanco, en empresa de la nueva milicia, humanizada y directa, en pro de “los que aún *no han sido* pero que *quieren ser*.”¹⁷ Tanto en el pasado, como en el presente, por ellos se justifica el encumbramiento de un nuevo ideal, el desarrollo de un



Nº 50

●
REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

nuevo “combate y redención en la edificación del mundo venidero.”¹⁸ Sin decirlo por su nombre, Picón Salas toca aquí el punto de la necesaria abjuración a la fe en una sociedad piramidal, al vetusto y riguroso ordenamiento estamental, donde las leyes y las relaciones eran asimétricas. Algo tan propio y característico de la antigua España, una rémora que se resistía a morir del todo, si no de derecho, sí de hecho.

La recuperación de El Quijote y su siglo XVII le sirve a Picón Salas como un símil para referirse al proceso por el que atravesaba la España de la guerra civil y para conjeturar sobre su posible curso. Aparte de su cauda de horrores, el conflicto había propiciado una depuración, una “gran eliminación de fantasmas.” España estaba escribiendo una historia nueva y para ello era indispensable pasar por una catarsis: había que soltar “lo que estaba muerto, lo que oprimía y angustiaba su conciencia,”¹⁹ a fin de transitar a un nuevo momento universal.

Finalmente, cabe preguntarse ¿en cuánto esta España “desde lejos” no es solo y estrictamente la afirmación de una imposibilidad puntual y pasajera de poner pie en ella –como le ocurrió a Picón Salas en 1937– y en cuánto no es también en el autor enunciación de la natural distancia que el ser continental americano tiene geográfica e identitariamente con uno de los ramales que le dieron vida? La lejanía no es declaración de repudio, como no se reniega de un ancestro solo por el lapso transcurrido desde que se desarrolló la vida de éste e inició la de uno de sus descendientes, y como tampoco se niegan los rasgos fisonómicos o de carácter que hubieran podido heredarse de él, porque todo esto, si bien innegablemente transmitido, ya ha sido modificado y transmutado en una nueva existencia, en una nueva forma.

4. ESPAÑA EN AMÉRICA

Escribía don Mariano en 1937: “(...) nosotros, gentes de América... hablamos la lengua de España y no hemos perdido nuestra comunicación emocional con ella.”²⁰ Y habiendo resistido al huracán de las guerras de independencia que dieron lugar al difícil parto de las repúblicas americanas, la afinidad con una nueva España republicana resultaba ahora mucho mayor. Hasta antes del golpe franquista, España se había dedicado a “limpiar su viejo caserón; a adaptarlo a las necesidades y urgencias de un mundo técnico, a repartir un poco de justicia colectiva.”²¹ De ahí que América se sintiera aún más empática y próxima a una España que estaba dispuesta a renovarse.



Nº 50

El mismo remozamiento pedía Picón Salas para Hispanoamérica y para su historia. En una entrevista aseveró que la misión de la historia de las ideas en América era “rehacer e integrar” nuestra propia historia, sobre todo cuando los países del subcontinente ya habían dejado atrás los añejos prejuicios sobre la colonización y la historia españolas.²² Unos cuantos años antes, él mismo había emprendido la labor de escrutinio y revisión de la historia colonial americana, en la que ubicaba aquello que legítimamente nos correspondía del cajón de la testamentaria del imperio.

Decía que en el encontronazo cultural que se desarrolló en América no había que culpar “a los españoles del siglo XVI de carecer de visión antropológica y de pensar que sus módulos vitales eran los únicos que tenían validez.”²³ A contrapelo de los cultivadores de la literatura histórica nacionalista al estilo del siglo XIX —que se había escindido entre la “falsa autoctonía indigenista y (...) un tradicionalismo hispanizante”²⁴— don Mariano no asume una defensa acrítica de los “humillados y ofendidos,” los indígenas o, incluso, de los conquistadores de la primera hora, que fueron luego relegados y despojados de sus beneficios por la corona de Castilla y sus “leyes nuevas.” No, él explica en términos accesibles al mundo contemporáneo, al del siglo XX, que esas realidades de la Conquista no pueden medirse con los raseros del presente. Y que, en las cabezas de aquellos hombres forrados de hierro, la propagación de la fe, asociada al estilo de vida español, era lo que justificaba la “violenta búsqueda del oro y la crueldad de las guerras” puesto que “su sistema de valores y juicios morales es naturalmente antagónico al del indígena.”²⁵ Como han repetido muchos: aproximarse a la historia equivale a viajar a un país extranjero; toparse con formas de entender al cosmos que no tienen nada que ver con las de aquel que, transcurridos muchos siglos, se asoma a conocerlas. Por otro lado, para Picón Salas era indispensable valorar, con “espíritu libre y ecuánime” y, sobre todo, a la luz de la justicia y la comprensión, la “obra que nos dejaron los muertos.”²⁶

Como sea, los conceptos sobre el mundo y los cánones morales imperantes en la sociedad española del siglo XVI determinaron, e incluso se sobrepusieron, a los rasgos de la individualidad, a veces “demasiado humana,” de los conquistadores; para la historia americana tales ideas y principios representan asimismo un cordón umbilical imposible de cortar o desprender.

Luego, en el transcurso de las dos centurias siguientes, la negativa hispánica a escindir lo secular de lo divino, a asignar sitios y papeles distintos a la Iglesia y al Estado, a deponer los “universales” de la Edad Media que le impedían unirse al mundo moderno que ya apuntaba en el resto de Europa, resultó ser el lado obscuro e inoperante de las raíces hispánicas americanas.



Nº 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

Porque si España se rehusó a sumarse a la dinámica secularizadora, no iba sola: se llevó con ella a la sazón era su extensión ultramarina.

La América hispánica aún luce esto como seña identitaria, ahí están el aventurerismo y la picardía que se contraponen al canon burgués; un espíritu que se resistió y se resiste a cruzar el portal de la modernidad. En nuestra raigambre “y contra la otra corriente pragmática y utilitaria” que brotó en tierras noreuropeas “y que llegaría a su apogeo en el industrialismo y la civilización maquinista del siglo XIX,” se percibe “cierto desdén e inferioridad económica que nos retrasaría en la gran aventura técnica y utilitaria del mundo moderno.”²⁷

No obstante, y por encima de todo, el idealismo e imperativo moral de España (plasmado en las Leyes de Indias, en la controversia de Valladolid, en las formulaciones de Suárez y Vitoria sobre el Estado y el derecho de los pueblos, en el humanismo cristiano), que buscaba conciliar la parte ética y la social, fue el elemento que atemperó las violencias de la conquista y permitió el proceso de transculturación. Este rasgo –afirma el autor– es una herencia hispanoamericana, de “elevadísima solvencia,” en su vida “cultural y moral.”²⁸

Junto con él, Picón Salas hace en otra parte recuento del troquel hispánico, material y cultural, que todavía pervive y salta a cada momento en las tierras del subcontinente latinoamericano. No lo hace por adoptar el conservadurismo y el “espíritu colonialista” de las elites de la América meridional que, desde luego no comparte, sino por la convicción de que fue a través de España y sus formas culturales como los pueblos de este hemisferio se introdujeron en la civilización occidental. Tanto así que hoy día, señala, inevitablemente en lengua castellana ha de expresar la población sus legítimas demandas de justicia social. Históricamente, en su concepto, fue también la lengua la argamasa que fijó la existencia de la América hispánica y, en consecuencia, fue ella la artífice que, a partir del desmoronamiento de las comunidades políticas indígenas, modeló secularmente una unidad continental e impidió que, al tiempo de las independencias de los territorios, la América española acabase siendo un fragmentado botín de otras potencias imperialistas.²⁹

Y pese a todos los pesares, Hispanoamérica no es España, porque se amasó con otros ingredientes: los indios, los negros, que se mestizarían con los europeos allí avecindados, y porque se coció en hornos distintos a los del áspero suelo extremeño o andaluz: los del trópico y la alta cordillera, los de las transparentes aguas del Caribe y las llanuras andinas. Además, el espíritu barroco del criollo fue autosuficiente, no demandó el concurso de



Nº 50

indígenas o negros, y el solo procesó y reelaboró a su manera lo que había recibido de allende el mar.

Finalmente, aunque en castellano se exprese América, su habla o, más bien, sus hablas no tienen las inflexiones peninsulares, sino otras, diversas y polifónicas. Así lo certificó el poeta malagueño en el exilio, Juan Ramón Jiménez, en el artículo “El español perdido” que le dedicó en 1943 a Mariano Picón Salas, “fino vnezolano,” como un canto nostálgico del desarraigo y de la extrañeza peninsular frente a las palabras y su modulación de este lado del Atlántico.³⁰

Por el solo hecho de que el bagaje de las formas occidentales que aportó España hubiera cambiado de latitud, la historia en América cobró un ritmo distinto al europeo; la paulatina fusión del crisol mestizo y –ya en los albores del siglo XIX– el anhelo de pensamiento y acción criollos, ejemplificados en Bolívar, hizo soñar con una América hispana “libre y unificada que tuviera poder bastante para constituirse autónomamente.”³¹

La América española tiene una tradición, sí, pero esta no puede ser estática, no tiene por qué aferrarse y añorar las formas caducas y extintas del pasado, sino que debe dinamizarse, ajustarse y sintonizar con los tiempos que corren. De lo que el subcontinente está urgido ahora, señala Picón Salas, es de una discusión seria y crítica de su propia realidad que integre su conciencia histórica, como algo fluido, a su presente.

5. LOS NIETOS AMERICANOS DE ESPAÑA E INGLATERRA

El mismo conjunto de maneras seguirá a una nación e irá prendida a ella a lo largo y ancho del mundo, tanto como las leyes y el lenguaje. Las colonias españolas, inglesas, francesas y holandesas son perfectamente distinguibles, incluso en medio de los trópicos.

David Hume³²

El desarrollo de una intensa actividad docente en los Estados Unidos fue la ocupación primordial de Mariano Picón Salas entre 1942 y 1944. Profesor invitado en Smith College (Northampton, Massachusetts), sostuvo reuniones académicas en Middlebury College (Vermont) y Johns Hopkins (Baltimore); además de dictar cursos en Columbia University (Nueva York),³³ todos centros educativos ubicados en el corredor nordeste de la Unión Americana. En el ínter, en 1943, se le designó agregado cultural de la embajada de Venezuela en Washington y, salvo por una fugaz escapada a México, su destino a lo largo de esos dos años lo ancló en tierras de lengua inglesa.



Nº 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020



N° 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

Aunque desde 1931, en su conferencia *Hispanoamérica posición crítica*, venía esbozando el tenor de sus reflexiones respecto del subcontinente, al paso de los años su pensamiento fue madurando y sistematizándose, de modo que para la década de los 40 ya tenía una acabada y clara estructura mental sobre la cultura de la América española y su evolución en el tiempo. No obstante, fue su convivencia en Norteamérica con una sociedad distinta a la suya y la consiguiente necesidad de hacerles comprender a sus estudiantes angloparlantes “algunas formas muy peculiares de nuestra formación histórica latinoamericana,”³⁴ lo que lo debió impulsar a llevar a cabo una gran labor de síntesis y a ponerla por escrito. Así, a lo largo de aquel bienio, trabajó arduamente en compendiar su visión del desarrollo histórico cultural hispanoamericano a lo largo de tres siglos. Según lo veía él, el mérito del libro resultante, que constaba de ocho ensayos, era “suscitar el interés para el estudio de problemas mal conocidos o mal definidos en nuestro proceso histórico y dar los elementos de juicio y documentación para afirmar la unidad de la cultura hispano-americana.”³⁵ Desde luego, se trataba de su obra cumbre, *De la conquista a la independencia*.

A despecho de que el disparador para su elaboración hubieran sido los cursos que estaba impartiendo, Picón Salas no esperaba en realidad abrir un diálogo o intercambio intelectual con sus alumnos o con los lectores norteamericanos, porque solo sería hasta 1962 –18 años después– cuando el texto saldría a la luz en lengua inglesa. Pero aun entonces, el traductor, el erudito Irving A. Leonard, manifestó que aquel excelente libro resultaría sumamente esclarecedor para sus paisanos.³⁶

En todo caso, sus primeros interlocutores serían los amigos españoles que había hecho en los pequeños cenáculos de *scholars* –todos exiliados– de las universidades que visitó: en Columbia, Federico de Onís, veterano divulgador del hispanismo en Estados Unidos; el filólogo Tomás Navarro Tomás y el catedrático de literatura, Ángel del Río. En Middlebury, Juan A. Centeno, director del Departamento de Español; así como los poetas y profesores Pedro Salinas, en Johns Hopkins, y Jorge Guillén, en Wellesley. Con ellos intercambió puntos de vista y todos le hicieron sugerencias “provechosas.”

Pero con mayor probabilidad, el maestro venezolano confiaba en que su libro llegase a la población general de su patria grande, Latinoamérica; si bien, como concesión a los especialistas, a los “estudiosos,” incluía en él un listado bibliográfico actualizado. A la postre, la obra, que dedicó a Alfonso Reyes y que fue prologada por Pedro Henríquez Ureña, se publicó en México en 1944, en el Fondo de Cultura Económica, pues Picón Salas consideraba que era ésa la “editorial más seria para este tipo de trabajos.”³⁷

Volviendo al punto de la estancia de Picón Salas en Estados Unidos, y al forzoso cotejo que el intelectual hubo de hacer entre este país e Hispanoamérica,³⁸ no se apreció en él ningún rechazo genuino al mundo angloamericano ni a lo que representaba ese moderno Occidente, puesto que el europeo estaba sumido en el caos de la guerra. Por el contrario, encontraba ciertas similitudes en los respectivos semblantes de lo inglés y lo español, por ejemplo, las de “el individualismo y el sentido popular de sus literaturas,” la predilección por lo inesperado y lo caprichoso; el sentido del humor, ácido en los hispanos y candoroso en los anglos, porque al fin, “Ni España ni Inglaterra (abuelas de las dos Américas cuya influencia normativa impregna al Continente aun a pesar de sí mismo),” habían sido países “clásicos” como sí lo fueron otros de Europa.³⁹

Empero, no por su postura liberal y comprensiva, dejaba de reconocer las diferencias sustantivas entre ambas partes de las Américas y esto tenía que ver mucho con sus distintos orígenes y la subsistencia de sus legados. Él estaba convencido de que, tanto la conquista como la obra entera de la Corona española en las Indias eran una fronda de añeja ritualidad, lo que contrastaba vivamente con la austera naturaleza de la acción empresarial y moderna que, sobre “tabula rasa,” echaron a andar los peregrinos ingleses del septentrión americano.⁴⁰

Con su característica elegancia léxica, Picón se refería a los prejuicios, al concepto esquemático de folclor y atraso que, en un Estados Unidos altamente industrializado, muchos se habían forjado respecto del conjunto de sus vecinos del sur. Pero bien argumentaba luego que cuando las lenguas y las costumbres no son las mismas, regularmente se echa mano de caricaturas para explicar o representar lo ajeno. Lejos de estas simplificaciones burdas, expresaba él que, como cada cultura tiene su “anverso y reverso,” en realidad, la vida latinoamericana coetánea revestía una gran “complejidad espiritual y un cosmopolitismo ideológico y estático” que se resistían a ser reducidos a definiciones precisas⁴¹ y, en consecuencia, a esquemas.

Tal vez, el bienestar material y tecnológico y la fe en el progreso dentro de su propio suelo habían marcado cierto aislacionismo e impedido que, hasta ese momento, los Estados Unidos requirieran asomarse a la obra y formas de vida del resto del orbe. Así lo patentizaba, por ejemplo, la postura conservadora de la clase obrera local, a la que solo movían intereses particulares y específicos; tampoco en su horizonte político bipartidista podían advertirse diferencias “filosóficas” de fondo entre los opositores, cuya línea era más bien pragmática. En cambio, en la América hispana, la debilidad y la exposición inerme al capitalismo habían sensibilizado a las masas hacia



Nº 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

la vertiente de cambio social, hacia los problemas colectivos e individuales. Y la mayor madurez política de nuestros países sí señalaba divergencias doctrinales, nítidas y profundas, entre los distintos bandos (conservadores, liberales, socialistas, etc.), lo que, posiblemente se debiera a que en el respeto por las ideologías y en la cultura intelectual había algo muy latino.⁴²

Por otro lado, era cierto que, en lo general, la estadounidense era una cultura superficial de masas, que se difundía y medía “por pies cúbicos.” Su publicidad masiva, tan apabullante como sus rascacielos, sus revistas que instaban a “no pensar,” su proclividad a la existencia fácil, muelle y tecnificada no tenían empero por qué considerarse lo característico de su vida intelectual. Para probarlo, ahí estaba la labor extraordinaria de las universidades norteamericanas, la riqueza y organización de sus bibliotecas, los pequeños núcleos de artistas e intelectuales, el trabajo de los eruditos que, aislados en provincianos centros de educación superior, desarrollaban investigación de primera línea.⁴³

Su corolario y valoración final de este cotejo sumario era que ambas Américas debían conocerse, empatizar más; colaborar y fincar su relación espiritual sobre la base de la calidad; que para ello era indispensable rescatar las afinidades, respetando lo diverso, lo individualizado; que era menester desarrollar conjuntamente la ciencia y el saber y que había que orientarse, en el futuro, a sintetizar hegelianamente sus mejores producciones en el terreno cultural.⁴⁴ Porque, en último término, la cultura, que no era ni debía confundirse con el indispensable avance tecnológico o material de los tiempos modernos, era, y siempre lo había sido, una criatura que nacía no del azar, sino de la “voluntad y el propósito.”⁴⁵

6. CONCLUSIONES

Hay que hacer notar que, sin insistir en el uso del sustantivo Lati-noamérica, ya por entonces corriente, Picón Salas denomina a la región preferentemente Hispanoamérica y, en referencias históricas, la América española. A mi juicio, en esta elección —porque lo es— subyace una sutil actitud de aceptación y reconocimiento de España, en una época de creciente rechazo político subcontinental al prefijo “hispano,” como un aborrecido evocador del colonialismo y sus violencias.

Para don Mariano, España es sobre todo paradigma del símbolo y el ritual; de formas, fórmulas y formalismos, que pasan por la inamovible confesionalidad y por el regodeo en la belleza de las palabras de su propia



Nº 50

lengua, por los emblemas y el honor, por el idealismo y la disposición al combate justiciero. Una sólida tradición espiritual, una tabla de valores que confiere dignidad humana y que, con sus variantes, fue transmitida a tierras americanas. Ella nutrió a la sociedad mestiza que fue poblando estos litorales, con ella crecieron y se amamantaron los criollos, quienes moldearían ese secular contenido en formas “audacísimas” de modernidad, muy propias.

En la asunción y actualización, y no en el rechazo o la negación de esta vigorosa raíz espiritual identitaria, según él, radican muchas de nuestras posibilidades para construir en la región un mejor futuro. Pero en este proceso es necesario también soltar el lastre de las cosas muertas, como el concepto de una sociedad rígidamente jerárquica y su aparejo de la inequidad, en la justicia y el reparto de los bienes, si hemos de aspirar a un mundo más democrático y más igualitario. Hay que deshacernos del misoneísmo, del prejuicio contra la tecnología y el bienestar material y, también deponer la suspicacia frente a lo culturalmente ajeno que, por proximidad geográfica, está encarnado en la América anglosajona. Aunque estas últimas consideraciones suyas se hicieron en el periodo que rodeó a la Segunda Guerra Mundial y en la temprana fase de la posguerra, cuando él avizoraba el despuntar de una corriente de simpatía mutua entre la Unión Americana e Hispanoamérica y una posible era de cooperación y progreso conjunto que, el ulterior desarrollo de los acontecimientos históricos, por desgracia, no ha corroborado.

NOTAS

- 1 Doctora en Historia; investigadora titular del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe. UNAM.
- 2 México era otro de los posibles destinos que barajaba. Gregory Zambrano (comp): *Odiseos sin reposo, Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes (correspondencia 1927-1959)*, 2ª ed. Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León-Universidad de Los Andes, 2007. p. 41.
- 3 Miguel Ángel López-Morell y Alfredo Molina Abril: “La Compañía Iberoamericana de Publicaciones, primera gran corporación editorial en castellano” en: *Revista de Historia Industrial*, 49 (Barcelona, 2012), pp. 112 y 119; Palmira Vélez Jiménez: *La historiografía americanista en España, 1755-1936*. Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2007. pp. 331 y ss.
- 4 Fomentó la creación del fallido Bloque Nacional que pretendía agrupar a las derechas españolas y contribuyó al golpe de 1936. Sobre la vida, ideario y acciones de este personaje, véase Julio Escribano: *Pedro Sáinz Rodríguez, de la monarquía a la república*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1998.



Nº 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

- 5 Pedro Sáinz Rodríguez: *La evolución de las ideas sobre la decadencia española. Discurso leído en la inauguración del curso académico de 1924 a 1925*. Madrid, Atlántida [1925]. Aquí se cita la edición hecha en Madrid, por la editorial Rialp, en 1962.
- 6 Pedro Sáinz Rodríguez: *Las polémicas sobre la cultura española*. Madrid, Fortanet, 1919.
- 7 Miguel Ángel Ladero Quesada: “La decadencia española como argumento historiográfico” en: *Hispania Sacra*, Vol. 48, 97 (Madrid, 1996), p. 37.
- 8 Pedro Sáinz Rodríguez: *La evolución de las ideas sobre la decadencia española*. p. 42.
- 9 *Preguntas a Europa*. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1937. Publicado posteriormente en una edición corregida y sustancialmente ampliada como *Europa-América: preguntas a la esfinge de la cultura*. México, Cuadernos Americanos, 1947. Esta último será el que se cite aquí.
- 10 *Ibid.* pp. 108-109.
- 11 *Ibid.* pp. 123-124.
- 12 *Ibid.* pp. 109.
- 13 Sebastián de Covarrubias: *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, Universidad de Navarra-Iberoamericana Vervuert, 2006. p. 377. (Ed. de Ignacio Arellano y Rafael Zafra)
- 14 Mariano Picón Salas: *Europa-América...*, p. 119.
- 15 *Ibid.* pp. 120-121, 127.
- 16 *Ibid.* pp. 128-129.
- 17 *Ibid.* p. 135.
- 18 *Ibid.* pp.133-136.
- 19 *Ibid.* pp. 117.
- 20 *Ibid.* p. 111.
- 21 *Idem.*
- 22 Raúl Cardiel Reyes: “Mariano Picón Salas [entrevista al escritor e historiador Mariano Picón Salas, invitado por la UNAM]” en: *Revista Universidad de México*, 30 (México, junio de 1949), p. 5.
- 23 Mariano Picón Salas: *De la conquista a la independencia. Tres siglos de historia cultural*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975. p. 42.
- 24 Mariano Picón Salas: “Pequeño tratado de la tradición.” Publicado originalmente en: *Historia de la cultura en Venezuela*, Caracas, Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela, 1955. Mariano Picón Salas: *Obras selectas*. 2ª ed. Caracas-Madrid, Ediciones Edime, 1962. p. 962. Véase también Mariano Picón Salas: *De la conquista...*, p. 18.
- 25 Mariano Picón Salas: *De la conquista...*, pp. 42, 45.
- 26 Mariano Picón Salas: “Pequeño tratado...”, p. 9.
- 27 Mariano Picón Salas: *De la conquista...*, pp. 59-60.
- 28 *Ibid.* pp. 63-68.



Nº 50

- 29 *Ibid.* pp. 53-55.
- 30 Juan Ramón Jiménez: “El español perdido” en: *Rueca*, 2, 7 (México, 1943), pp. 5-10.
- 31 Mariano Picón Salas: “Pequeño tratado...,” p. 961.
- 32 David Hume: “On National Characters” en: *Essays. Moral, Political and Literary*. Indiana, Liberty Fund Inc, 1987. Disponible en: https://www.econlib.org/library/LFBooks/Hume/hmMPL.html?chapter_num=26#book-reader. (Consultado el 6 de abril de 2020, 11:00 am).
- 33 J. Manuel Espinosa: *Inter-American beginnings of US Cultural Diplomacy, 1936-1948. Cultural Relations Programs of the US Department of State, Historical Studies*. No. 2, Washington, Department of State Publications, 1976. p. 287. En el bienio 1951-52 volvería a Columbia y también iría a la Universidad de California en Los Ángeles.
- 34 “Carta a Alfonso Reyes, 11 de enero de 1943.” En: Gregory Zambrano (comp): *Odiseos...* p. 78.
- 35 *Ibid.* pp. 81-82.
- 36 Delia Picón (comp): *Mariano Picón Salas y sus amigos*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2004. p. 36.
- 37 Gregory Zambrano (comp): *Odiseos...* p. 82.
- 38 Un análisis ya iniciado en 1940, en su ensayo “Lo Hispanoamericano desde los Estados Unidos” Mariano Picón Salas: *Europa-América...* pp. 175-188.
- 39 *Ibid.* p. 165.
- 40 Mariano Picón Salas: *Gusto de México*. México, Porrúa y Obregón, 1952. p. 26.
- 41 Mariano Picón Salas: *Europa-América*. pp. 170, 175.
- 42 *Ibid.* p. 176.
- 43 *Ibid.* p. 171-172.
- 44 *Ibid.* p. 170.
- 45 *Ibid.* p. 26.

FUENTES

BIBLIOGRÁFICAS

LIBROS

- Covarrubias, Sebastián de: *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, Universidad de Navarra-Iberoamericana Vervuert, 2006. (Ed. de Ignacio Arellano y Rafael Zafra)
- Escribano, Julio: *Pedro Sáinz Rodríguez, de la monarquía a la república*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1998.
- Espinosa, J. Manuel: *Inter-American beginnings of US Cultural Diplomacy, 1936-1948. Cultural Relations Programs of the US Department of State, Historical Studies*. No. 2, Washington, Department of State Publications, 1976.



Nº 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

- Hume, David: *Essays. Moral, Political and Literary*, Indiana, Liberty Fund Inc., 1987.
- Picón, Delia (comp): *Mariano Picón Salas y sus amigos*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2004.
- Picón Salas, Mariano: *De la conquista a la independencia. Tres siglos de historia cultural*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- _____: *Europa-América: preguntas a la esfinge de la cultura*. México, Cuadernos Americanos, 1947.
- _____: *Gusto de México*. México, Porrúa y Obregón, 1952.
- Sáinz Rodríguez, Pedro: *La evolución de las ideas sobre la decadencia española. Discurso leído en la inauguración del curso académico de 1924 a 1925*. Madrid, Ediciones Rialp, 1962.
- Sáinz Rodríguez, Pedro: *Las polémicas sobre la cultura española*. Madrid, Fortanet, 1919.
- Vélez Jiménez, Palmira: *La historiografía americanista en España, 1755-1936*. Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2007.
- Zambrano, Gregory (com): *Odiseos sin reposo, Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes (correspondencia 1927-1959)*. 2ª ed. Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León-Universidad de Los Andes, 2007.



Nº 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

CAPÍTULOS DE LIBROS

- Picón Salas, Mariano: “Pequeño tratado de la tradición” en: *Obras selectas*. 2ª ed. Caracas-Madrid, Ediciones Edime, 1962, pp. 950-965.

HEMEROGRÁFICAS

ARTÍCULOS EN REVISTAS Y BOLETINES

- Cardiel Reyes, Raúl: “Mariano Picón Salas [entrevista al escritor e historiador Mariano Picón Salas, invitado por la UNAM]” en: *Revista Universidad de México*, 30 (México, junio de 1949), p.5.
- Jiménez, Juan Ramón: “El español perdido” en: *Rueca*, 2, 7 (México, 1943), pp. 5-10.
- Ladero Quesada, Miguel Ángel: “La decadencia española como argumento historiográfico” en: *Hispania Sacra*, Vol. 48, 97 (Madrid, 1996), pp. 5-50.
- López-Morell, Miguel Ángel y Alfredo Molina Abril: “La Compañía Iberoamericana de Publicaciones, primera gran corporación editorial en castellano” en *Revista de Historia Industrial*, 49 (Barcelona, 2012), pp. 111-146.